

Ferris, Kate. *Imagining “America” in late Nineteenth Century Spain*. Londres: Palgrave Macmillan, 2016. 329 pp.

En febrero de 2018, estando ya en Bélgica, el político catalán Carles Puigdemont publicó en su cuenta de Instagram una fotografía de la Estatua de la Libertad, inaugurada en Nueva York en 1886. Intentaba sugerir y capturar en una imagen un conjunto de ideas vinculadas a su visión de la modernidad y la democracia, y darles un sentido en el difícil contexto político del momento. Quizás sin saberlo, Puigdemont se inscribía en una larga tradición española que, mucho antes que él, había buscado en Estados Unidos un referente. *Imagining “America” in late Nineteenth Century Spain* de Kate Ferris traza precisamente los orígenes de esta atracción. Lejos de presentar el viejo argumento de admiración ciega por los americanos, profundiza en los matices de la recepción de la idea de EE.UU., examinando las formas en las que el modelo americano se interpretó en clave nacional en España en la segunda mitad del siglo XIX. Ferris va más allá de la contraposición de una supuesta modernidad estadounidense frente a una presunta tradición española y muestra cómo en el imaginario español se entrelazaron múltiples imágenes, de admiración y rechazo, reconfiguradas desde las diversas realidades locales, regionales y nacionales de la península ibérica.

Kate Ferris es profesora de la Universidad de St. Andrews (Reino Unido) y ha centrado sus estudios en la España decimonónica y la Italia fascista. Una parte considerable del libro es producto de un proyecto de investigación titulado “The American Way of Life: Images of the United States in nineteenth-century Europe and Latin-America” (2005-2009), en el que se analizó la percepción global sobre EE.UU., representante de la modernidad en el siglo XIX. El libro reseñado amplía y complementa otra obra, de carácter colectivo y resultado del proyecto de investigación, *America Imagined. Explaining the United States in Nineteenth-Century Europe and Latin America* (2012), en la que se muestra que Europa rechazó, adoptó y adaptó una amplia variedad de elementos del sistema republicano estadounidense, entre los que cabe destacar cuestiones raciales, de esclavitud, de organización política y territorial, y de género. Los autores del volumen, incluida Ferris, desafían las historias e historiografías nacionales, en un intento de conformar nuevas narrativas sobre las identidades nacionales.

En su libro, Ferris ahonda en el estudio del caso español abordando el período que va de 1868, en el que se inicia el Sexenio Democrático, a 1898, momento de máxima tensión entre ambos países. Se centra no en lo que EE.UU. decide proyectar, sino en lo que España decide integrar y responder a ello; es decir, en la producción, consumo y reproducción de tales imágenes en nuestro país. Así, se demuestra que años antes del siglo americano, EE.UU. ya estaba en el imaginario español, y nos permite inscribir este episodio en una narrativa y dinámica globales. Ferris recalca que los sectores más progresistas y republicanos en la península se consideraban a sí mismos modernos y, por ende, interesados en el mejor modelo de progreso del

momento: América. En este sentido, Ferris reproduce la hipótesis de James Epstein de que en la segunda mitad del siglo XIX EE.UU. fue un lugar en el que proyectarse para muchos europeos. Esta representación, igual que el orientalismo, a menudo nos dice más de los europeos que de los propios americanos.

Imagining "America" se divide en seis capítulos y una breve conclusión. En el primero, a modo introductorio y siguiendo la historia conceptual de Reinhart Koselleck, se definen términos clave como imagen e imaginario, para más adelante establecer el marco espacial y temporal. Los dos capítulos siguientes se ocupan del modelo político estadounidense y la abolición de la esclavitud y sus relecturas desde la península. El cuarto apartado está dedicado a la "cuestión femenina", con un énfasis en Concepción Arenal. A continuación, se trata el mundo de la tecnología, la innovación y el urbanismo. Finalmente, el último capítulo profundiza en las discusiones raciales entre raza latina y anglosajona y sus consecuencias. Con una edición cuidada, una amplia bibliografía y el casi millar de notas, el lector interesado puede sacar mucho provecho del libro. Este libro será de especial interés para el público especializado y los historiadores de la España del siglo XIX.

Ferris centra una parte considerable de su investigación en la figura de Rafael María de Labra, político nacido en Cuba y que vivió la mayor parte de su vida en Madrid. El estudio sobre el pensamiento y discurso político de Labra constituye uno de los méritos del libro. Labra, abolicionista férreo, krausista y uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, elaboró parte de sus discursos gracias a la información proporcionada por el ministro estadounidense Daniel Sickles en Madrid. El uso que Labra hizo de EE.UU. a menudo iba acompañado de un interés político y las lecciones (cuidadosamente seleccionadas) que se desprenden de la abolición estadounidense son una herramienta más en la consecución de sus objetivos políticos.

De hecho, el abolicionismo español y sus constantes referencias a EE.UU. conforman uno de los ejes centrales de la obra reseñada. La Guerra de los Diez Años (1868-1878) intensificó el reclamo de poner fin a la esclavitud. Los conservadores, amparándose en la experiencia de la Guerra de Secesión (1861-1865), reaccionaron ante tal entusiasmo acusando a los abolicionistas de favorecer la independencia de los territorios ultramarinos. Que los españoles construyeron una imagen de EE.UU. según el análisis de sus políticas domésticas queda reflejado en el uso selectivo e interesado del caso norteamericano. Mientras que aquellos partidarios de la abolición gradual miraban a Nueva Jersey y Nueva York, que primero en 1784 y 1799, y más tarde en 1830 y 1837 respectivamente, pusieron punto y final a la esclavitud, aquellos que abogaban por acabar drásticamente con la esclavitud elogiaban a Lincoln, obviando, las más de las veces, el enorme coste de la Guerra Civil. En definitiva, y como punto fundamental, Ferris recalca la transversalidad de la recepción de EE.UU. en la España decimonónica.

En la línea del estudio transnacional, conviene celebrar la inclusión de un capítulo enteramente dedicado al progreso en los derechos de las mujeres. Es pertinente recordar que las revoluciones liberales del siglo XIX, si bien afianzaron una serie de derechos y libertades para los hombres, acentuaron las diferencias de género, puesto que en muchos casos las mujeres no los obtuvieron. Ferris articula su discurso alrededor de una figura, Concepción Arenal, escritora polifacética que fue tanto precursora del movimiento feminista en nuestro país como pionera en la modernización del sistema penitenciario. En el cuarto capítulo "*Liberty*" or "*License*"? se indaga en los vínculos entre modernidad y los avances en los derechos de la mujer, aunque a

menudo ellas fueran vistas como receptoras pasivas de tales mejoras. Acompañan en este viaje a Arenal hombres como Fernando de Castro, Emilio Castelar, Labra y Segismundo Moret, que impulsaron, entre otras cosas, conferencias para la educación de la mujer e instituciones como el Ateneo de Señoras (1869) y la Asociación para la Enseñanza de la Mujer (1870). El movimiento en defensa de una mayor educación para las mujeres, que no implicaba la emancipación política, “was a modern liberal cause and thus appeared to these progressive men a natural extension of their liberal commitments”. Así, EE.UU. se convirtió en la fórmula de éxito para la educación femenina para los liberales y en el país de plena libertad para las propias mujeres.

En el quinto capítulo, dedicado a la tecnología, *Patents and Profit*, la autora evidencia que EE.UU. fue visto como un lugar de progreso y constantes avances técnicos, lo que trajo consigo riquezas y un desarrollo positivo del comercio. De la electricidad al telégrafo, pasando por el ferrocarril, los españoles admiraban y al mismo tiempo temían la modernidad. Frente a la mecanización norteamericana, muchos preferían la vía artística, el gusto estético y la predilección por la naturaleza. En el ámbito científico, el Sexenio proporcionó “a fertile ground for the development of scientific disciplines in Spain”. De hecho, algunos de los dirigentes más destacados del republicanismo español ocupaban o habían ocupado plazas en la universidad.

El último capítulo, *Race, Religion, Progress and Decline*, se ocupa de los conceptos raciales de *Latinity* y *Anglo-Saxonism* en el contexto de las discusiones sobre raza e imperio del siglo XIX. Constituye un interesante contrapunto a otro libro publicado en 2016 y que ha suscitado polémica en España, *Imperiofobia y leyenda negra* de Elvira Roca Barea. Si bien es indudable el componente de superioridad asociado a la raza anglosajona, Ferris enfatiza la maleabilidad de los términos y subraya que, pese a ser conceptos diferenciadores, no siempre suponían una jerarquización. Así, frente a la derrota contra EE.UU., mientras muchos en España vieron la latinidad como parte del problema, otros tantos la vieron como parte de la solución. Ferris, excelente historiadora, ofrece pues un retrato de las múltiples realidades de la España del XIX y, escapando distinciones maniqueas, muestra las complejidades de la recepción de EE.UU. en nuestro país.

Imagining “America” es, sin lugar a dudas, una contribución capital en el estudio de la España del XIX y de las relaciones con EE.UU. Navegando entre temáticas de género, abolición, racismo, avances científicos y técnicos, religión y política, Ferris construye un discurso sólido y convincente. El lector quizás eche en falta el trato de materias como la masonería y mayor observación del campo lingüístico y lexicográfico, fundamentales para entender la penetración de ciertas ideas en la sociedad. La falta de atención sobre estas cuestiones no oscurece, en absoluto, la enorme aportación de Ferris. Tal vez la crítica principal es de orden más metodológico. Desde nuestro punto de vista, y teniendo en cuenta la heterogeneidad de sensibilidades especialmente durante el Sexenio, algunas de las cuales ajustadas a realidades territoriales particulares, Ferris no adopta una conciencia geográfica integradora y focaliza sus esfuerzos en Madrid. El resultado es evidente: conocemos la realidad de las élites liberales madrileñas pero ignoramos las percepciones de otros actores, como los cubanos, catalanes y demás lugares, como Cartagena y Cádiz, con vínculos con los americanos. A modo de ejemplo, Valentí Almirall, que elaboró quizás el primer análisis riguroso del sistema constitucional americano en España *La Confederación suiza y la Unión americana* (1886), no aparece ni una sola vez. Almirall, uno de los padres del catalanismo, interpreta el federalismo estadounidense en clave catalana.

Una relectura de su obra podría servir para explicar mucho a muchos, también más allá del debate puramente historiográfico que nos ocupa.

Cabría sugerir pues una descentralización de la atención sobre Madrid y escapar del marco peninsular español. Así, Cuba debe ser una de las piezas centrales de una investigación de este tipo y sus fuentes documentales esenciales para entender las dinámicas imperiales que entran en juego en el espacio atlántico, particularmente en el difícil equilibrio diplomático entre EE.UU. y España. En definitiva, Ferris abre un debate apasionante sobre los intercambios e influencias del liberalismo y republicanismismo español, y sitúa a España en la línea de otros países europeos en sus vínculos con EE.UU. El potencial de la mirada transnacional sobre el imperio español es inmenso. Es en esta dirección hacia donde deberían dirigirse los esfuerzos investigadores, aunque esto suponga superar la comprensión más bien limitada de España que ha tenido gran parte de la historiografía española. No debería sorprender que esta línea de investigación la haya abierto una investigadora británica. Algún sentido tendrá.

Gerard Llorens DeCesaris
Universitat Pompeu Fabra (España)
gerard.llorens@upf.edu